

A la orilla del mar

Caminando por la playa ví a un viejo sentado en la arena. Su mirada era muy extraña, su vista se clavaba en las olas como si ahí hubiera algo muy interesante. Yo volví hacia allá mis ojos pero por más que me esforcé no logré mirar nada. Cuando me acerqué, me dijo:

—¿Quién anda ahí?

—Yo, contesté tímidamente.

—¿Y quién eres? No has nacido aquí, ¿verdad?

—No, soy de la ciudad, ¿y usted, de dónde es?

—Uy m'hija, ¡si te contara!

—Cuénteme, ándele, ¿sí?

—¿De verdad quieres oír?

—Sí, por favor.

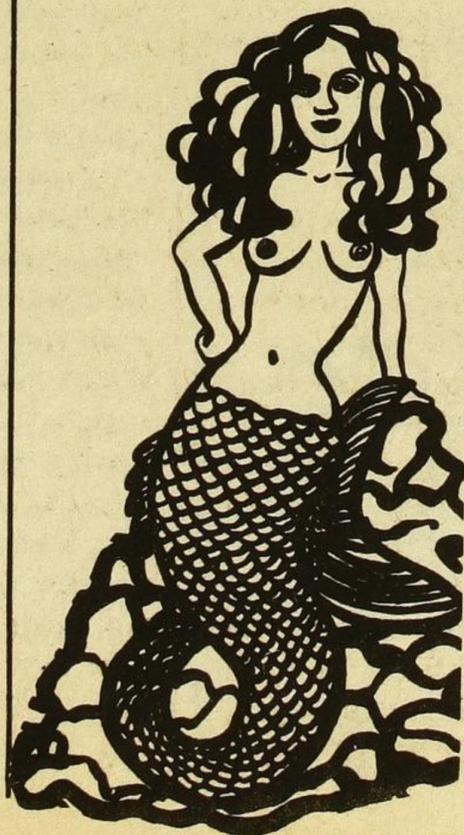
—Bueno, siéntate, dijo al fin. Comenzó a hablar y hablar muchas cosas que yo no entendía. Pero me contó una historia que comprendí perfectamente y que nunca voy a olvidar. Atardecía.

Habló del mar, de la vida de los pescadores y de un hombre que vivía en una isla. Este era un hombre alto, fuerte y negro, negro azuloso. Vivía en una casa cerca del mar y llevaba una vida solitaria.

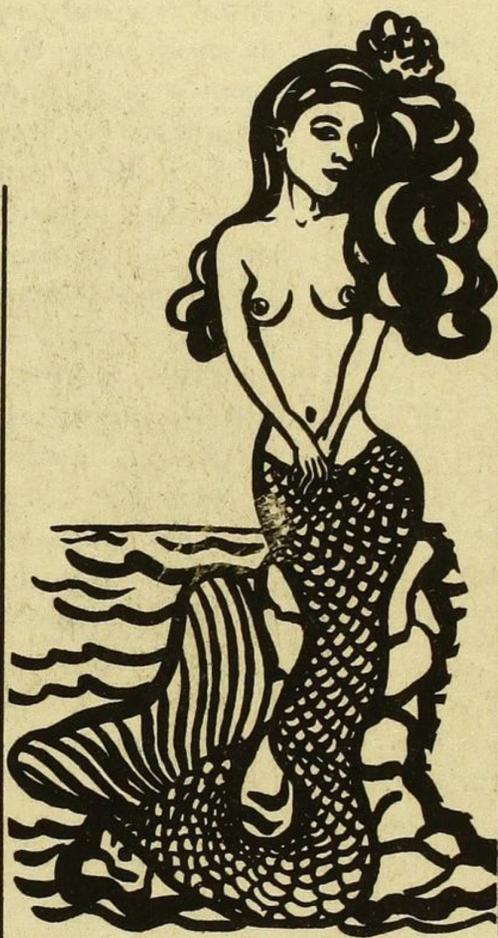
De repente, a media plática, el viejo me dijo:

“Ven, acércate, quiero verte con mis manos”. Me acarició la cara y cuando llegó a mi cabello exclamó: ¡Ah, eres chinita!

Después continuó con su estupenda historia: “Pues mira, chinita, era un hombre raro. Casi no hablaba con nadie del pueblo, y la gente decía y juraba haberlo visto hablar con el mar y reírse a solas. Lo que pasaba es que este hombre amaba a los peces, ¡y cómo no los iba a amar si ellos le daban trabajo y comida! Sin embargo, había algo que la gente nomás no entendía. En las noches de luna llena él salía al atardecer vestido como si fuera de fiesta y lo más curioso es que regresaba al amanecer sin



Ilustraciones de Mauricio Watson.



haber pescado nada, mojado; y ese era el único día que sonreía y saludaba a la gente que se encontraba en el camino.”

Se decían muchas cosas —continuó el viejo— que si estaba loco, que si tenía citas con el demonio... Una vez, como todas las madrugadas, salieron los pescadores. El mar estaba picado pues un ciclón se hallaba a unos cuantos kilómetros del puerto. Se dio la voz de alarma, y todos los pescadores lograron regresar a tiempo. Todos, menos uno negro. La gente comenzó a sentarse preocupada, aunque era extraño se le quería.

Y así pasaron algunas semanas, hasta que una noche apareció el buen hombre a la orilla del mar.

Parecía feliz, sin embargo, se veía descuidado y no volvió a pescar, como si algo hubiera cambiado su vida por completo. Y es que esa noche, chinita, tuvo su último encuentro con la sirena y ella de despedida le dio un beso en la mano donde le quedó marcado un caracol.

Interrumpí su narración para preguntarle: ¿y por qué no volvió a ver a la sirena?

—Porque no hay nada más peligroso que una sirena que se enamore de un mortal, respondió.

—Pero, ¿por qué es peligroso?, insistí.

—Porque su belleza y sus cantos pueden hasta matar.

Es tarde, dije de pronto, casi olvido que me esperan. ¿Podré volver a verlo?

—Sí, chinita, cuando quieras.

Al acercarme para decirle adiós, me di cuenta de que tenía un caracol grabado en el dorso de su hermosa mano negra azulosa.

Tiempo después, curiosamente en los libros de mi abuela, descubrí un libro sobre leyendas de sirenas. Entonces supe que cuando alguien se despide definitivamente de una sirena, se queda ciego, para poder guardarla adentro para siempre.